

## Notas bibliográficas

***Caudillismos Rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*; de Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), Buenos Aires, Eudeba-Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1998.**

El interesante momento por el que según nos parece atraviesa la historiografía argentina, queda expresado en varios de sus rasgos en el volumen que ahora nos toca comentar. Del mismo modo nos parece probable que *Caudillismos Rioplatenses* con el correr del tiempo alcance la estatura de un libro-índice, por su capacidad de ofrecer una puesta al día sobre la temática central, reunir a un grupo de autores que por cuestiones de edad y de características socio-profesionales tal vez pudieran ser pensados como una generación y por proponerse también la revisión de un tópico de proverbial inevitabilidad en la historiografía argentina. En síntesis, historiadores más jóvenes ensayan nuevos modelos explicativo-comprensivos alrededor de un tema mayor.

Es saludable entonces en primer lugar la iniciativa. Goldman y Salvatore fueron capaces de reunir una colección diversa de interpretaciones sobre un fenómeno cuya relevancia en la historiografía local va de suyo, integrando un panorama que desde el mismo título elude su presentación digamos más tradicional, al elegir el calificativo de "rioplatenses" para estos ensayos cuya convergencia intentan resumir los compiladores en el capítulo introductorio. "Rioplatenses" es la calificación ambigua que nos señala que las identificaciones espacio-temporales tradicionales que son atribuibles al caudillismo están aquí siendo revisadas. La alusión al Río de la Plata tiene aquí resonancias a un tiempo de región geográfica en sentido amplio y de espacio común socio-histórico, capaz de comprender tanto a la Banda Oriental y al altiplano como a la pampa seca y al norte patagónico. Si ello implica un quiebre de la tradición de historia institucional-política, ligada a territorios jurisdiccionales (Argentina, Uruguay, Chile o, en su defecto, Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos) que en último término ha sido la dominante para el estudio del caudillismo, resulta igualmente novedoso la definición de una temporalidad que comprende casi completamente al siglo XIX, excediendo así igualmente los límites en que las historias más habituales encierran al fenómeno (1820-1850).

Si ahora nos remitimos al objeto central de estudio, la revisión del "caudillismo" que se ofrece en estas páginas resulta novedosa por encarar la discusión en al menos dos dimensiones cruciales del fenómeno. Tal como resulta sintetizado por los compiladores, "analizar las formas de ascenso al poder de los caudillos significa hoy rediscutir dos de las imágenes estereotipadas que nos legó la historiografía: por un lado, la caracterización de las zonas rurales como espacios sin orden social y sin instituciones; por otro lado, la asimilación del vínculo caudillo-milicias al vínculo estanciero-peón, es decir, la tesis según la cual las relaciones clientelísticas en la política fueron engendradas por relaciones igualmente clientelísticas dentro de la estancia" (págs. 28/29).

Goldman y Salvatore han redactado un capítulo introductorio al conjunto en donde explicitan los criterios de organización de los materiales que se incluyen. Inicialmente el volumen se aboca a los que son precisados como "usos y significados" de los vocablos caudillo y caudillismo. En primer término son los propios compiladores quienes toman la palabra al respecto periodizando varios momentos de la historiografía argentina (Sarmien-

to-Alberdi; Mitre-López, Ingenieros, los positivistas y el revisionismo) llegando hasta el punto contemporáneo, señalado por la insuficiente reflexión acerca del caudillismo, concepto capaz de "conservar muchos de sus atributos clásicos" a pesar del recorrido oscilante de corrientes y puntos de vista en la historiografía argentina. Por fuera de nuestras fronteras, aquí se define otro grupo de usuarios y significantes del caudillismo provenientes desde el "Norte" y que identificaran al caudillismo con el clientelismo.

P. Buchbinder en su intervención sobre "caudillos y caudillismo en perspectiva historiográfica" detalla los usos y significaciones de las tradiciones ya señaladas por los compiladores en el inicio del volumen, informando sobre el tipo de debates alrededor de estos términos que han ocupado a un siglo largo de escritores, y subrayando "la heterogeneidad de las visiones y líneas de interpretación" al tiempo que la persistencia de las orientaciones y "preguntas diseñadas a mediados del siglo anterior por Mitre y López". Este mismo tópico de los usos del caudillismo durante el siglo XIX ocupa a M. Svampa, señalando especialmente en el caudillismo su carácter de instrumento de comprensión privilegiado para los fenómenos sociales latinoamericanos. En tal sentido, afirma Svampa que "el caudillismo fue para el siglo XIX lo que el populismo ha sido durante el siglo XX". Son entonces agrupadas una serie de matrices de lectura (biológica y socio-cultural) sobre las que la autora hace un balance del peso de la noción caudillismo hacia fines del XIX.

En un segundo momento del volumen son reunidas contribuciones que si bien continúan el inevitable trabajo de revisión de las cargas del sentido de la noción del caudillismo se ocupan más especialmente de analizar una experiencia histórica. Jorge Myers analiza lo que titula como "formas complejas del poder" del régimen rosista de esta doble manera. Por un lado coteja dos interpretaciones en diálogo sobre el rosismo (Sarmiento y Herrera y Obes) en las que el caudillismo además deja de ser problema argentino para convertirse en drama americano, junto al análisis del funcionamiento del sistema de Rosas, donde el papel "providencial" de su principal arquitecto y responsable es sólo evocado para señalar mejor la complejidad de tramas políticas, ideológicas y culturales que constituyen el rosismo y sobre las que Myers ha hecho una significativa contribución aparte. El escenario se amplía con la incorporación de la "Banda Oriental", tarea que corresponde a Ana Frega quien enfatiza en los elementos discursivos del republicanismo artiguista. "Orden y virtud" en la interesante visión de los actores orientales de principios del siglo XIX se vinculan inequívocamente a la igualdad, y su inmediato derivado, la soberanía de los "pueblos libres", encerrando así según Frega un tipo de "caudillismo ilustrado", bien diferente tanto por sus contenidos como por la cortedad de su duración en tanto régimen social, de los hasta aquí presentados.

Noemí Goldman y Sonia Tedeschi se ocupan de indagar acerca de "los tejidos formales del poder" en perspectiva comparada. Para ello parten de dos situaciones de caudillismo diríamos paradigmáticas como son las encarnadas por las figuras de Facundo Quiroga y de Estanislao López, interesadas especialmente en mostrar cómo los jefes provinciales están insertos en un sistema de reglas jurídicas que más allá de su observancia tal vez no demasiado estricta, desmiente los conceptos de poder arbitrario y discrecional revelando el "interés por mantener un relativo funcionamiento institucional". Esta misma cuestión podría ser vista como el eje central del trabajo de Marcela Ternavasio acerca de las modalidades funcionales del régimen rosista "entre la deliberación y la autorización". El trabajo en cuestión se detiene en la revisión de un tópico que resulta clásico en la historiografía argentina, el gobierno rosista y su disposición de las "facultades extraordinarias", pero poniendo especialmente de manifiesto la preocupación de los actores contemporáneos por

obtener un modo "estable" de la vida política, donde la soberanía popular expresada por el sufragio sea la única fuente posible de la legitimidad política, pero que necesita ser consolidado por la "unanimitad" que anule las discordias típicas de la vida política facciosa y que termina conduciendo a un sufragio resignificado en sus funciones para la "autorización" al gobierno a actuar con amplitud y la anticipación del "consentimiento" del sufragante.

También el ensayo de R. Salvatore se aboca al rosismo. Esta vez en la búsqueda de las "expresiones federales", vale decir el análisis de las manifestaciones de adhesión que el régimen solicitaba casi continuamente de sus ciudadanos y las modalidades de su clasificación y control. En un ensayo que nos parece pleno de simpatía humana, Salvatore nos ofrece un rosismo sobre todo rural; procede inicialmente a una reconstrucción de las "formas de ser federal", y a informar la extensa dimensión cotidiana de la política en la etapa rosista, donde son desmentidas visiones tradicionales que asocian al sistema con la subalternidad social, mientras que se insiste en los procesos de elaboración de una identidad política "federal". El trabajo de J. Gelman avanza en un sentido si se quiere diferente. El escenario de su artículo, no obstante, es el mismo que ya fuera presentado: la campaña bonaerense del período rosista. Enfatizados por los ensayos anteriores los aspectos de la compleja fortaleza del sistema rosista, Gelman nos desafía a mirar a Rosas como a "un gigante con pies de barro". Viene así a enriquecerse la original (y desafiante de versiones historiográficas en este caso no tan tradicionales sino de inequívoca dominancia contemporánea) presentación de un mundo pampeano donde los pequeños productores son actores decisivos que ya han ocupado al autor con anterioridad. Asoma entonces la menos temible figura de un gobernador-propietario que no logra mantener a sus campos libres de intrusos. Gelman se interroga sobre si es dable pensar este vínculo como una relación clientelar, extendiendo así al terreno de la política la contundencia de sus hallazgos y la agudeza de sus interrogaciones.

Los últimos cuatro artículos se dirigen hacia una suerte de periferia del mundo del caudillismo, al menos en lo que hace a sus interpretaciones clásicas. Para comenzar el trabajo de S. Ratto se enfrenta a la cuestión de la provisión a los indígenas de acuerdo a convenios establecidos con el objeto de sostener episódicamente relaciones inter-étnicas pacíficas. El objeto temático de por sí novedoso se enriquece con la perspectiva de indagación en cuanto a su consistencia en tanto actividad pública o negocio privado. La escena rural bonaerense se enriquece una vez más por el delineamiento que hace Ratto de ella durante el período rosista, en el que la cuestión de la frontera y la responsabilidad estatal de su guarda va mostrando las diferentes coyunturas políticas del régimen. El ensayo de Ariel de la Fuente sobre los "Gauchos" y las "Montoneras" nos saca tanto del tiempo como del espacio del rosismo. Sus reflexiones se organizan a partir de las movilizaciones político-militares que protagonizaron en la provincia de La Rioja Angel Peñaloza y Felipe Varela en la década de 1860. Aquí el análisis por un lado se detiene en la semántica (y su génesis) de los vocablos asociados a la calificación de la población rural como a la de su forma de acción militar clásica. Las informaciones de de la Fuente son contundentes en cuanto a mostrar cómo la movilización política de la población rural involucra a los variados grupos de la vida social de la campaña, al tiempo que se nos ofrece una imagen de la montonera como milicia rural, en su estilo, organizada y jerárquica, para cuya operación el abastecimiento que podían ofrecer los propietarios más ricos era decisivo.

M. Bechis nos trae nuevamente sobre el tema de los indígenas y su peso en "la política criolla del siglo XIX". Para empezar delinea un panorama diríamos de larga duración sobre los distintos momentos en que resulta evidente la participación indígena especialmente en tanto fuerza militar, en los procesos político-sociales de todo el período señalado, partiendo

desde el período de la independencia, y llamando la atención sobre la ubicuidad y diversa funcionalidad coyuntural con que estas contribuciones militares fueron solicitadas. No hay sólo una lucha **con** el indígena en la visión de Bechis, sino también una lucha **por** el indígena para su incorporación a los cambiantes frentes facciosos, caracterizando toda una serie de roles y personajes organizativos cuya contribución de ahora en más deberá ser mejor observada. Finalmente, G. Paz nos instala en la Puna de mediados del siglo XIX con el objeto de revisar los “liderazgos étnicos, el caudillismo y la resistencia campesina”. Su estudio se centra principalmente en la gran rebelión de “campesinos-indígenas” durante el período 1873-1875, desafiando otra vez al lector del volumen a cambiar de ámbito y a aceptar otra nueva mirada sobre el “caudillismo rioplatense”. En primer lugar, las acciones del conflicto se inician en un clima “moderno” de campaña electoral. Las formas de producción de un nuevo liderazgo “Inca” por los indígenas y las modalidades de su desafío a las autoridades locales son la materia del trabajo de Paz. Igualmente el modo en que la muerte del “Inca” por las autoridades da paso a un liderazgo caudillesco de nuevo tipo, esta vez en la figura de un comerciante vinculado al mitrismo, bajo cuya dirección el movimiento alcanzaría el máximo desarrollo. Curioso episodio, o tal vez mejor, señalamiento de una ignorancia extendida sobre esta clase de conflictos que no obstante la inusual magnitud del caso en cuestión, tal vez no hayan sido tan excepcionales.

Como vemos, la meritoria labor de compilación de Goldman y Salvatore alrededor de los caudillismos rioplatenses no hubiera podido ser más exhaustiva. La pareja calidad de los ensayos y la originalidad de los enfoques dará abundante material para la discusión tanto del proceso histórico del siglo XIX como también de los instrumentos categoriales de su reconstrucción más habituales.

**Eduardo Hourcade**

*Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846); de José Carlos Chiaramonte, Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Argentino, vol. I, Ariel Historia, 1997.*

Si nos fijamos en los campos por los que la historiografía argentina contemporánea parece desarrollar mayor interés, sin duda incluiríamos a la “historia de las ideas”. Es bueno entonces que se haya puesto en marcha la iniciativa de publicar una colección sobre el pensamiento argentino, algunos de cuyos volúmenes ya han aparecido hace un tiempo y que con retraso comenzamos ahora a reseñar. Arrancamos desde el principio, esto es con el volumen de José Carlos Chiaramonte que cubre la primera mitad del siglo XIX.

El formato general de la obra merece un comentario inicial. Se abre con un extenso escrito del autor-editor que ocupa algo más de un tercio del espacio disponible, y se completa con un muy rico apéndice documental —eso sí, en un cuerpo de letra más pequeño—, integrado en este caso por 66 fragmentos de fuentes relevantes que cubren el período 1780-1840, aproximadamente. Se indica esto con el objeto de señalar en primer término que el texto soporta la posibilidad de varias lecturas y de lectores de muy distinto nivel. Para un lector deseoso de hacerse un panorama general del período probablemente

alcanzaría con revisar el "estudio introductorio". Una lectura más ávida de informaciones podría incluir también el apéndice documental, además de que el valor de este último por separado es grande a los fines pedagógicos. Por último, un lector más conocedor según nos parece encontrará en el trabajo inicial de Chiaramonte toda una cantidad de desafíos a una serie de tópicos clásicos de la historiografía argentina en términos amplios que justificarán igualmente su lectura, al tiempo que en el apéndice documental podría encontrarse con ciertas sorpresas. En mi caso ellas han sido las referencias relativas a la cuestión del Patronato.

La posibilidad de tantos abordajes diferentes me parece resultado en parte del formato general de la obra, pero especialmente del interés que reviste el trabajo de José Carlos Chiaramonte, quien logra exponer de manera íntegra un conjunto de cuestiones que ya fueran abordadas por él en textos hoy difíciles de reunir cuando no totalmente agotados, y que así organizados expresan plenamente la originalidad y agudeza del Director del Instituto Ravignani. Si bien nos hallamos frente al primer volumen de una serie de Historia del Pensamiento, las implicancias del trabajo de Chiaramonte hacen que nos pongamos a reflexionar sobre el proceso completo de nuestro primer medio siglo independiente.

Es cierto que la historiografía argentina de los últimos 40 años logró importantes avances en el conocimiento de realidades económico-sociales que hasta entonces habían sido ignoradas, pero es igualmente cierto que su estudio no había logrado proporcionar una clave comprensiva que permitiera el desciframiento de los agitados avatares que se suceden entre las Invasiones Inglesas y Caseros. Según creemos la originalidad de Chiaramonte consiste en ser capaz de poner en paralelo toda una serie de complejos procesos y de ir ubicando en el interior de estas diversas problemáticas la clave de la comprensión de las coyunturas cruciales del proceso formativo argentino.

El texto se abre con un panorama de la cultura política a fines del virreynato. Aquí se recogen páginas que ya había publicado su autor en forma separada, pero que colocadas en la apertura de un texto que tiene pretensiones de recorrer una temporalidad mayor y que irá recorriendo sucesivas y diferentes estaciones, hacen que sus líneas profundas parezcan mejor trazadas, ya que las notas y vicisitudes de la Ilustración Rioplatense proporcionarán un universo de representaciones inextinguible por los sucesos políticos de 1810. Chiaramonte recorta una suerte de "república de las letras" virreynal, donde la separación entre laicos y clérigos no es la simple separación entre "progresistas y conservadores", donde el espacio del mundo cultural se extiende de norte a sur por toda América y conecta de modo a veces paradójico con la metrópoli. Si entonces la última década colonial parece anunciar algunos cambios en el sentido cultural no lo hacen tanto en términos de un conflicto entre facciones que son capaces de extraer de sus nuevos argumentos culturales consecuencias de tipo político, como aparece en los debates acerca de las reformas educativas. "La primera década del siglo XIX confirma la instalación de una cultura laica no en ruptura con la Iglesia, pero sí en conflicto con su antiguo control de la producción intelectual". (pág. 103)

En esta misma sección inicial Chiaramonte presenta el proceso de conformación de lo que concibe como formas de identidad "política" que se elaboran en este período. Entendemos que con ello se abre el estudio de la problemática central que organiza el volumen y que resulta ser la que se expresa en el título: *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina*. Mucho nos gustaría saber en este título cuáles son las mayúsculas obligadas por la gramática, cuáles las que expresan un deliberado énfasis que el autor elige para subrayar mejor lo que intenta decir (eso se aclara a propósito de "Estado", pág. 16) o cuáles aquellas

que tal vez sean resultado de un espíritu irónico del autor que decide colocar la mayúscula a nociones sobre las que más tarde emprenderá una impiadosa iconoclasia.

Toda una serie de trabajos de Chiaramonte se han ocupado de la problemática de la nación, y ésta tal vez haya sido su contribución más notable al debate historiográfico argentino de la última década. No obstante creemos que recién en esta obra, y por el tipo de panorama de conjunto que ofrece la misma, esta concepción alcanza un grado de desarrollo sistemático. Un primer nivel de esta indagatoria lo constituye tratar de reconstruir la historia del gentilicio "argentino" que se inicia en el estudio de la etapa justamente colonial de este trabajo. Como dijimos son revisadas toda una serie de formas de la identidad "política" que más precisamente son el resultado de un sentimiento de adhesión al lugar donde se nace o vive y de la convicción de formar parte de un cuerpo estatal en el que ese territorio es incluido.

Comienza a quedar aquí expuesta lo que creemos la tesis central de Chiaramonte para la organización de todo el período. "Los fenómenos de diferenciación y relativa auto-identificación de los pueblos hispanoamericanos son una cosa, y el fenómeno de la identidad nacional en el siglo XIX, otra.... Lo segundo es un fenómeno producido luego de aproximadamente 1830, por la tendencia general a la formación de estados independientes que buscarán legitimar su aparición". (págs. 61/62)

Tenemos así esbozado un marco que instaura una radical diferencia con casi toda la historiografía del período y por cierto el que resulta más corrosivo de las tradiciones clásicas de la historiografía argentina. El proceso de crisis de la colonia y el surgimiento de una vida política independiente ya no llevan ese acompañamiento de la "Nación" como el cuerpo que porta junto a sí a su sombra. Pero entonces, ¿donde residirá la inteligibilidad de este proceso portentoso de transformaciones? En la interpretación de Chiaramonte, la dinámica de esta marcha debe mucho a los cauces anteriores en que se forjó la cultura política colonial antes presentada. Si hay transformaciones en el lenguaje y las prácticas políticas, hay igualmente continuidad, porque el proceso de construcción de lo que hoy sabemos serían nuevos estados independientes se lleva a cabo en el marco del concepto regalista heredado claramente de la existencia anterior.

Por supuesto que son traídos a mención los profundos cambios en el sistema de representaciones ideológicas que en el espacio europeo y el americano implican la revolución francesa y la independencia de las colonias inglesas del norte de América, pero el procedimiento por el cual las mismas son tomadas en cuenta subraya especialmente el contexto de recepción que asigna valencias diferentes a tópicos de debate idénticos a los que motivaban arduos conflictos en el Río de la Plata, tales como los de "federación" o "pueblo", pero especialmente el concepto de "soberanía". Efectivamente, el grueso de los conflictos políticos, ya sea ideológicos, faccionales o de organización institucional que se planteen en el largo período histórico que va de Mayo a Caseros, pueden encontrar una clave analítica común alrededor de la práctica política de la producción de soberanías y de los dilemas resultantes de las diferentes maneras de su concepción.

Los primeros escauceos en este sentido se aprecian al valorar el sentido de la vacancia real en 1810 y los efectos prácticos de la "retroversión" al pueblo de la soberanía antes contenida en el monarca. "La constitución de las nuevas autoridades emanadas directamente de ese pueblo, ...era un concreto acto de ejercicio de soberanía que tuvo más sabor a segunda mitad del siglo XVIII". De esta manera, en la interpretación de Chiaramonte se da prioridad a ese mundo de las representaciones políticas de la cultura colonial en tanto matriz en la que los nuevos fenómenos intentarán ser traducidos.

La emergencia de nuevas y sucesivas derivaciones de la soberanía será entonces la positividad de un proceso que habitualmente nos resulta presentado como la quiebra del poder central, o del hundimiento de la autoridad nacional. El proceso abierto en 1810 desata la emergencia de pueblos soberanos con aspiraciones autonomistas, aunque no aún confederales. (pág. 157) Otro problema sucesivo es el de cómo constituir con estas soberanías ahora dispersadas, un cuerpo político capaz de articularlas. Pero para ello estas autonomías urbanas aumentarán el grado de sus atributos en tanto organización política, al punto que Chiaramonte prefiere presentarlas como Estados, tomando especialmente como apoyo las gestiones tendientes al reconocimiento del derecho de Patronato sobre las autoridades locales que, en su negociación con los representantes papales no pueden menos que reconocer que el territorio de antaño se halla dividido en "cinco gobiernos soberanos e independientes".

El cambio de las coyunturas externas incorpora elementos adicionales al debate, los del liberalismo en este caso y su manifestación local en las reformas rivadavianas, pero otra vez más Chiaramonte prefiere recordar los moldes de "regalismo castellano" en los que tales nuevas prácticas toman forma. Sin embargo, todo ello estaría destinado al fracaso porque el asentamiento del principio independentista de las provincias sería también aceptado por Buenos Aires, quien como firmante del pacto federal "se atuvo con firmeza a la calidad de agentes diplomáticos de sus diputados y a la vigencia del Derecho de Gentes para regular las relaciones entre las provincias". En breve síntesis, habrá que esperar a la llegada del concepto romántico de la Nación, para que finalmente sea posible el diseño del instituto constitucional del estado federal que permitiese finalmente la construcción del espacio político que al día de hoy conocemos como Argentina.

Esperemos se entienda mejor ahora por qué dijimos antes que siendo el presente texto un escrito de "historia del pensamiento" podría el mismo ser leído como una completa "historia argentina" del período. El espacio disponible no permite más detalles para la exposición de una tesis que Chiaramonte fundamenta con cuidadosa precaución, consciente de que esto es más necesario cuando se toma la palabra en contra-corriente. Las posiciones de Chiaramonte invitan a la polémica. El ámbito actual de la historiografía argentina no está dispuesto para reacciones demasiado estridentes de admiración o crítica; no obstante existe una inquietud que a no dudar se va a plasmar en los próximos tiempos con respuestas y réplicas.

Chiaramonte ha construido su caso con inteligencia, rigor erudito y espíritu de sistema. Vemos un espacio rioplatense en un sentido menos dinámico de lo que se pensaba, un mundo de las representaciones políticas que se aferra mucho más a sus tradiciones que a las novedades, aunque las mismas se produzcan a velocidad inusitada. Las hipótesis de trabajo de Chiaramonte demuestran feracidad en su propia utilización y en la práctica de todo un grupo de jóvenes investigadores vinculados a la institución que él dirige. Todo esto, aunque no terminara por darle definitivamente la razón —no obstante que nos resulte personalmente convincente—, compromete desde ya al agradecimiento por la inteligencia y pasión que ha incorporado al debate historiográfico argentino.

*New Historicism and Cultural Materialism*; de John Brannigan, London, Macmillan Press Ltd, 1998.

La etapa de despegue de los estudios culturales en las comunidades intelectuales anglosajonas se produjo a lo largo de los años '50, investigaciones que se revigorizaron en la década del setenta, definiéndose una amplia gama de perspectivas con mayor rigor ideológico a finales de la guerra fría. La colisión entre enfoques tradicionales —y no por eso menos dinámicos— y giros transgresores han engrosado una polémica ciertamente efervescente.

Durante las dos últimas décadas, el "nuevo historicismo" y el "materialismo cultural" han sido dos de los movimientos teóricos nutricios del proceso de crecimiento, consolidación y expansión de los estudios literarios bajo el amplio paraguas de los estudios culturales. El nuevo historicismo en Estados Unidos y el materialismo cultural en Gran Bretaña marcan el "regreso a la historia" en la crítica literaria, tal vez sea ésta su contribución reciente más importante.

En esta oportunidad, John Brannigan, conferencista en Estudios Literarios e Irlandeses de la Universidad de Luton, nos brinda un trabajo de síntesis sugerente en razón de tres aciertos sobresalientes. La primera cuestión es que el autor se explaya en la explicación de las arquitecturas teórico-metodológicas que sostienen a ambas corrientes. Por seguir, realiza un minucioso rastreo de la genealogía comparativa de uno y de otro enfoque, familiarizando al lector con los estilos de trabajo de los representantes más destacados. Y fundamental, Brannigan no hace concesiones a las perspectivas de sus colegas sino que mantiene una actitud crítica, cotejando las intimidades de unos y otros trabajos, rasgo que enriquece notablemente su presentación textual.

No es casual que el texto haya sido publicado por Macmillan en su serie *Transitions*. Preocupado por editar monografías dedicadas específicamente al análisis de las modulaciones del pensamiento crítico, este espacio editorial británico da prioridad a estudios que apuntan a bucear en los diversos abordajes que ha desarrollado el encadenamiento generacional de especialistas en crítica cultural. Justamente el apelativo "transición" sugiere el prolongado proceso multilíneal en que se encuentra el pensamiento crítico en relación a los controvertidos estudios culturales.

¿Dónde radica el interés de adentrarse en los pliegues del nuevo historicismo y del materialismo cultural? En el hecho de que para ambos planteos teóricos, no es la historia la que va en la búsqueda de sistemas de explicaciones de sus pares sociales sino que es la literatura la que requiere a la historia. Esta perspectiva alimenta notablemente el terreno de la investigación de lo histórico porque para ambas corrientes de pensamiento, el objeto de estudio ya no es el texto y su contexto, tampoco la literatura y su historia, más bien "la literatura en la historia", ecuación que hace que la primera aparezca como parte "constitutiva" e "inseparable" de la segunda.

El autor divide el texto en dos secciones. "The Turn to History" está compuesta por cinco capítulos: 1. Key Contexts and Theorists. 2. New Historicism: Representation of History and Power. 3. Cultural Poetics: After de New Historicism? 4. Cultural Materialism: Literature and Dissident Politics. 5. New Historicism and Cultural Materialism Today. Asimismo, entre ellos ha sido intercalado un apartado: New Historicism, Cultural Poetics and Cultural Materialism. En realidad, esta primera parte es la que sitúa la explicación de la operación interna de estas tipologías en el interior de los estudios culturales. Sobre todo, es de subrayar el cuidado que toma Brannigan por extenderse con prolijidad en el espesor de

los diferentes tratamientos intelectuales de la última generación de críticos, que agrega a la información y comprensión de la lectura.

Así es que Brannigan nos pone en contacto puntual con *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World* (1991) de Stephen Greenblatt, *Impersonations: The Performance of Gender in Shakespeare's England* (1996) de Stephen Orgel, *Sodometries: Renaissance Texts, Modern Sexualities* (1992) de Jonathan Goldberg, *Sexual Dissidence: Augustine to Wilde, Freud to Foucault* (1991) de Jonathan Dollimore y *The Wild Century: Effeminacy, Oscar Wilde and the Queer Moment* (1994) de Alan Sinfield, todos ellos considerados pioneros en el tratamiento de temáticas tales como la "dominación", el "género" y la "sexualidad". Ahora bien, este desplazamiento a lo específico se debe a que estos críticos, aun respetando las distinciones entre el pasado y el presente, han ido corriendo el énfasis desde el análisis general de las estructuras ideológicas y del poder al estudio de perspectivas que hacen a diversas subculturas en el interior de dichas estructuras.

Pero, ¿a partir de qué planos generales llega John Brannigan a estas especificidades? Principalmente, haciendo un trabajo detallado en la explicación de los parámetros teóricos que legitiman ambas propuestas, las que reconocen —en mayor o menor medida y en uno y otro sentido—, la influencia directa de las filiaciones epistemológicas de Claude Lévy-Strauss, Antonio Gramsci, Georg Lukács, E. H. Thompson, Louis Althusser, Raymond Williams y Clifford Geertz y de los posestructuralistas Foucault, Derrida, Kristeva.

Para situar brevemente al lector, el nuevo historicismo es una forma de interpretación crítica que privilegia el análisis de las relaciones de poder en cualquier clase de texto del pasado. Dicho de otro modo, estos críticos ven al texto literario como la cara visible de las formas de poder que operaban en el pasado y cómo se han replegado en el presente. Por caso, en el amplio espectro que brinda el "teatro isabelino", Jonathan Dollimore hace hincapié en el hecho de que *Richard II* de William Shakespeare fue representada 40 veces fuera de la corte. La hipótesis del autor respecto a la irritación y el malestar de la reina Elizabeth I por esta provocación es que, la ansiedad sufrida por la reina, se debió a que la obra fuera actuada "al aire libre", en lugares públicos, fuera del ámbito circunscripto del teatro. En razón de la popularidad de lo shakespeareano en la ideología de la sociedad inglesa, la pieza literaria saltó por sobre la privacidad cortesana, desnudando "la injusticia de la monarquía" frente al gran público. Es decir, que en este acto, la pieza se constituyó en el contrapoder como lo sería cualquier otro tipo de "producción subversiva". Retomando a Foucault como referente fuerte, las formas del poder, en la perspectiva del nuevo historicismo, cambian según las circunstancias históricas en las que actúa.

En términos semejantes, pero en otro plano de la temporalidad, el materialismo cultural también privilegia las relaciones de poder, concibiéndolas como el contexto más apropiado para la interpretación de los textos. La diferencia estriba en que mientras el nuevo historicismo se concentra en el estudio de las relaciones de poder en sociedades del pasado, el materialismo cultural explora el texto literario en el interior del contexto de las relaciones de poder actuales: los textos tienen siempre "una función material" en la configuración de las estructuras del poder contemporáneas porque la "ideología" se materializa a través de las instituciones: la escuela, la iglesia, el teatro, la universidad y el museo. En opinión de Hans Georg Gadamer, "... nuestra relación con el pasado es una conversación más que una disección de laboratorio", concibiendo al historiador en el papel de "crítico literario que construye un diálogo entre texto y texto y entre texto y crítica".

Los materialistas culturales interesados en las operaciones del poder dentro de "ideologías autorreguladas" guardan un contacto muy estrecho con los vaivenes de la política

contemporánea. A diferencia del nuevo historicismo que analiza, por caso, a Shakespeare en el contexto del pasado, el materialismo cultural lo hace para destrabar los modos en que la política (por ejemplo el tatcherismo) y la cultura contemporánea "preservan, re-presentan y rehacen el pasado" este icono de la literatura. Así es como *Political Shakespear: Essays in Cultural Materialism* (1985) fija la atención en figuras de sodomía, prostitución y travestismo presentes en los trabajos del dramaturgo, reconstruyendo además su magnetismo intelectual y político en el sistema educativo contemporáneo mientras ausculta las dimensiones que el cine y la televisión le otorgan al imaginario shakespeariano. En esta línea, Julian Wolfreys comienza *Being English: Narratives, Idioms and Performances of National Identity from Coleridge to Trollope* (1994), analizando la recuperación que hace el tatcherismo, piensa el período victoriano como un "epítome de una visión nostálgica de Inglaterra".

Asimismo, la crítica que más rápidamente surge en la mente del lector es que las dos tendencias han afianzado su prisma de análisis en relación a una notoria predilección por textos canónicos. Sin embargo, esta actitud tiene la justificación de que es precisamente la literatura paradigmática del Renacimiento la que concentra la atención y conocimiento de gran parte de las sociedades británica y norteamericana por su presencia indispensable en todos los niveles curriculares. Por ejemplo, el estudio de la impronta de la imagen del rostro de W. Shakespeare en el imaginario colectivo en relación a cuestiones ligadas a la publicidad: cualquier anglosajón —no importa su grado de instrucción— que ve una ilustración del dramaturgo lo identifica inmediatamente, transfiriendo la imagen a su propia identidad como sujeto histórico. Aun cuando, en los últimos tramos, la atención se ha ido desplazando hacia la literatura menor, ha sido a costa de dificultades teóricas; de todas maneras dicho esfuerzo ha colaborado en edificar un universo más vasto de la relación literatura-historia-cultura-política.

Aunque Brannigan hace la salvedad de que estudiar casos muy específicos muchas veces conduce a la simplificación de problemas, en la segunda parte: "Applications and Readings", se dedica al estudio crítico de las prácticas en casos puntuales auscultando las posibilidades y límites de estas estrategias teóricas. Así es que en el capítulo 6, trabaja *Heart of Darkness* de Joseph Conrad's; en el 7, *The Yellow Wall-paper* de Charlotte Perkins Gilman's; y en el 8, la poesía de Alfred Tennyson; para cerrar el libro con "I Write It Out in a Verse": Power, History and Colonialism in W.B. Yeats's "Easter 1916".

Sin duda, para los historiadores este texto se presenta como una muy interesante puerta de ingreso a una franja bastante sofisticada de los estudios culturales, la que tiene una triple propiedad. Por un lado, los dos enfoques mantienen una atención permanente en las condiciones históricas en que "los textos surgieron y fueron recepcionados", requisito indispensable de sus respectivas plataformas teóricas; por otro, han ido prestando una atención progresiva al aporte de fuentes históricas primarias de los períodos en investigación. Para terminar, los estudios historiográficos necesitan de estos recodos extranjeros a la disciplina para ampliar aún más el diálogo entre sus fronteras temporales.

Pienso que tanto este texto de Brannigan como la compilación de Françoise Perus, *Historia y Literatura*, por supuesto desde ángulos teóricos diferentes, son de lectura indispensable para ir haciendo camino en repensar la tensión del matrimonio entre la historia y la literatura, conflicto que emerge de la expresión de Brannigan: "para muchos críticos literarios e historiadores, las diferencias entre literatura e historia aparecen hoy menos claras todavía".

*Cousins and Strangers. Spanish immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*; de José. C. Moya, Los Angeles, University of California Press, 1998.

El interés que presenta el estudio de la experiencia de los españoles en el Plata durante el período de emigración masiva bien puede sustentarse en el hecho de que, en 1910, Buenos Aires haya sido la tercer población española en el mundo, después de Madrid y Barcelona; no obstante, José C. Moya agrega a este motivo numerosas razones bien documentadas. *Cousins and Strangers*, cuya versión original data de 1988, expone los lineamientos básicos del debate producido durante la década del ochenta en el campo de los estudios migratorios. Inscripto teóricamente en el marco de los estudios que cuestionan la capacidad explicativa del modelo estructuralista "push and pull", Moya incorpora a la explicación global de los procesos macroeconómicos, la perspectiva y los métodos de la microhistoria; en este caso, la clave interpretativa de los patrones de inmigración se encuentra en la interacción entre las fuerzas macroestructurales y las redes microsociales.

A modo de introducción, el autor propone un balance entre las dos tendencias de la escuela sociológica de Chicago: el paradigma pluralista que enfatiza las continuidades de las formas premigratorias y el concepto asimilacionista de *melting-pot*. La combinación de características de la sociedad de origen y de la sociedad receptora le permite identificar una tipología; precisamente, el mérito de su trabajo consiste en la elaboración, mediante el análisis de casos particulares, de los tipos de inmigración española en Argentina y su comparación con patrones característicos de otros grupos migratorios.

La primera parte del libro introduce los factores estructurales que determinaron la emigración masiva de los españoles hacia Argentina de acuerdo al mencionado esquema "push and pull". El autor relativiza la afirmación de que las "fluctuaciones en la tasa de inmigración siguen a los ciclos de la economía internacional", en tanto que la misma no logra explicar la inexistencia de migraciones internacionales en regiones donde no operan los factores de expulsión (hambre, guerras o desempleo). Su análisis de las tendencias globales (expansión demográfica, difusión del liberalismo, revolución agrícola, influencia de la revolución industrial, expansión del sistema de transportes) sugiere otra particularidad para el caso español: el desajuste entre la transición demográfica temprana (primera mitad del XIX) y el flujo migratorio tardío (primera década del XX). Ambas características solicitan una observación detallada que permita identificar las causas particulares por las cuales los españoles, primeros en llegar a América, fueron los últimos en incorporarse a las corrientes migratorias del siglo XIX.

Esta tarea es asumida en el tercer capítulo del libro, donde se examina la relación entre empobrecimiento rural y emigración mediante un análisis comparativo de las áreas de emigración. El estudio del caso de Mataró (Cataluña) refleja que la política de atracción de españoles desarrollada por los agentes consulares argentinos resulta exitosa cuando su función como agentes de emigración se legitima en redes parentales, a la vez que las oficinas consulares situadas en las comarcas carentes de vínculos previos con Buenos Aires, no logran cumplir su objetivo. La interacción entre factores estructurales y la información o asistencia provista por las redes familiares en la Argentina explicarían la existencia de un importante flujo de emigración desde Mataró a Buenos Aires en el largo plazo; asimismo, el carácter industrial de la ciudad catalana derivó en una mayor proporción de emigrantes calificados y de comerciantes, cuyas relaciones potenciaron el éxito de sus emprendimientos.

Moya considera que este caso no es representativo de la emigración española (la diversidad de espacios regionales emisores revela el inconveniente de examinar el fenómeno migratorio español dentro de un marco nacional), aunque sí constituye un patrón particular de emigración caracterizado por los siguientes rasgos: la economía del área expulsora muestra fluctuaciones económicas en el corto plazo y crecimiento en el largo plazo, la región receptora es una zona de nueva expansión, la emigración se basa en vínculos microsociales entre ambas áreas, el comercio y el transporte permiten conectar ambas localidades. El análisis de los casos de Bilbao y de Ferrol (Galicia), consolidan este patrón característico de los centros urbanos del norte, cuyos naturales no participaron de las migraciones a Argentina hasta mediados del siglo XVIII y configuraron un flujo migratorio moderado en el largo plazo, interrumpido por las guerras independentistas, momento en el que la cadena migratoria se mantiene inactiva hasta la segunda mitad del siglo XIX. El autor indica que las redes estables entre comunidad de origen y destino permiten sostener la cadena aun en períodos poco favorables. Las características diferenciales que Moya atribuye a este tipo de emigración constituyen un interesante punto de reflexión sobre los modelos conocidos: en primer lugar, los promotores del fenómeno son familiares y no, agentes de inmigración o *padroni*; en segundo lugar, las mujeres actúan como eslabones intermedios; y finalmente, los vínculos sociales trascienden los vínculos primarios a punto tal que la cadena sigue funcionando aunque el lazo original ya no exista. El tipo antitético al caso mataronés está representado por el caso canario, inmigración activada por agentes de emigración (privados y estatales), en lo que constituye un caso de emigración momentánea de alto número, donde la carencia de una red estable de relaciones con la sociedad receptora explica el abrupto fin del flujo. El tercer tipo está representado por los migrantes del valle de Baztán (Navarra) donde coexistió la acción de las empresas privadas y los lazos parentales.

Una última variable relevante en la configuración de patrones de emigración, es la difusión de la información, relacionada con la existencia de redes parentales, la disponibilidad de transportes y la facilidad en las comunicaciones. A partir de la reconstrucción de los canales de difusión de información en la península ibérica, Moya demuestra que los núcleos de emigración son áreas ubicadas estratégicamente, generalmente zonas portuarias o aldeñas, con acceso a los nodos de información y a las vías de transporte, aunque en ellas no se verifiquen las condiciones de pobreza, hambre o falta de oportunidades, enunciadas por el modelo global.

La elaboración de los patrones de emigración se fundamenta en el análisis de las relaciones de parentesco de migrantes provenientes de ciudades, pueblos y aldeas, económica y geográficamente diversos (centros industriales, protoindustriales o administrativos, aldeas agrícolas o de pescadores; centrales o costeras) y en el análisis estadístico de los migrantes por región y por destino considerando los contactos previos, la comarca de origen, su posición social, el momento de partida y su ubicación dentro de los canales de difusión de información sobre el país de destino.

La segunda parte del texto se ocupa de la experiencia de los migrantes en la sociedad receptora y analiza los patrones de asentamiento, la relación entre movilidad geográfica y ocupacional y las formas de sociabilidad establecidas por los españoles en Buenos Aires. En un marco dialéctico macro-micro, el autor propone aplicar el esquema de asentamiento inmigrante definido por Ernest Burgess (1924) para los Estados Unidos, en combinación con el marco interpretativo derivado del concepto de cadena migratoria. Moya promete combinar ambas vertientes, asimilando una conceptualización basada en la cultura étnica, a otra vinculada al concepto de clase socioeconómica, con el objetivo de analizar los cambios

y continuidades en la configuración espacial de la ciudad, los espacios de segregación y agrupamiento, la centralización espacial, los patrones de asentamiento y la estructura de clase en el interior de la comunidad hispana en Buenos Aires. Esta hibridación teórica aplicada en el análisis de casos tiene como resultado la inversión del primer modelo y la efectiva aplicación del segundo.

Tras determinar la tasa de segregación de los inmigrantes en Buenos Aires, Moya la compara con una serie de ciudades estadounidenses de similares características, concluyendo en que aquélla exhibe uno de los menores índices promedio de segregación entre las ciudades multiétnicas durante el siglo XIX y principios del XX. En la determinación del asentamiento de los españoles según las variables de instrucción, ocupación y salarios, recompone una pauta inversa a la descentralización urbana: la centralización residencial de los grupos de estatus socioeconómico alto. Una vez impugnado el primer modelo, Moya recurre al segundo, analizar los patrones de residencia según la interacción entre el origen y el estatus socioeconómico del grupo. En este punto, el análisis resulta más productivo, puesto que permite la definición de tipos particulares de asentamiento de acuerdo a las pautas precisadas en la primera parte. Así lo ejemplifica el caso andaluz, donde se observa que los migrantes de origen urbano con fuertes lazos parentales muestran una inserción más exitosa; mientras que el inmigrante canario de origen rural, sin contactos previos, se establece en los barrios más pobres de la ciudad.

En oposición a los parámetros de configuración espacial definidos por Sargent (1974) y Scobie (1974) para la ciudad de Buenos Aires (pobreza en el centro, movimiento de las elites a los suburbios y diferenciación espacial creciente); el análisis de la información estadística (manuscritos censales, censos, registros y anuarios estadísticos) y de los registros de las asociaciones mutuales españolas, verifica que los españoles de alto estatus social mantienen su residencia en el centro de la ciudad entre 1887 y 1936, y que los españoles de arribo tardío se establecen en los barrios periféricos. Moya confirma que la tasa de segregación verificada para los españoles en Buenos Aires desestima el asentamiento tipo "ghetto" y que no se produce un movimiento hacia la periferia en el período; en consecuencia, la variable determinante en la formación del patrón de residencia resulta ser la existencia de una red de parientes establecidos y paisanos influyentes en el contexto de las preferencias culturales y la oportunidad del arribo.

Para ingresar al estudio de la movilidad socioeconómica de los españoles en Buenos Aires, Moya acude a la tipología de categorías ocupacionales elaborada por M. Szuchman y E. Sofer (1976) y compara la distribución ocupacional hispana con la de otros inmigrantes. Considerando el estatus ocupacional de los principales grupos étnicos españoles en Buenos Aires (vascos, gallegos, andaluces y castellanos), evalúa el rol del género, el estado civil y el tiempo de residencia en el país y concluye en que las habilidades premigratorias, el tipo de emigración (selectiva o extendida) el éxito económico de los primeros migrantes de la cadena y la estabilidad de las redes determina la movilidad social. En este punto, su visión optimista sobre el fenómeno migratorio como parte del proceso global de modernización oscurece una visión crítica sobre la integración de los españoles en Buenos Aires. La determinación del estatus socioeconómico del migrante mediante la evaluación de las tasas de instrucción y la situación de origen del mismo (región, contactos, ocupación) minimiza la incidencia de los españoles de bajo estatus socioeconómico, también subrepresentados en los registros de las asociaciones voluntarias.

El capítulo dedicado a la vida institucional y social de la comunidad hispana en Buenos Aires examina la formación y acción de sus organizaciones comunitarias (sociedades mutua-

listas, entidades financieras, organizaciones laborales) en la elaboración de una sólida estructura funcional a los intereses de los inmigrantes. El último capítulo se detiene en las diferentes actitudes y percepciones construidas en torno a la identidad española por la sociedad receptora y por la comunidad inmigrante, considerando las tendencias ideológicas occidentales y las condiciones locales que intervienen en la formación de los discursos hispanistas o hispanofóbicos durante el período. El recorrido articulado en la interpretación de numerosas fuentes cualitativas, finaliza en el momento de la consolidación de la "personalidad dual" de los españoles, reconocidos como "primos y extraños", en una metrópolis definida como pluralista hacia 1930.

La comparación de la ciudad de Buenos Aires con otras ciudades multiétnicas (fundamentalmente estadounidenses) advierte sobre la riqueza de esta perspectiva para la comprensión de los patrones de residencia de los inmigrantes en América. Es destacable también el original análisis de las representaciones culturales e ideológicas de los españoles en Buenos Aires. La obra de José Moya ofrece una gran claridad expositiva, un extenso análisis de fuentes estadísticas, nominativas y cualitativas y, a pesar de ciertas contradicciones formales expuestas en los modelos teóricos propuestos, constituye una síntesis de lectura obligada para aquellos interesados en los estudios migratorios.

**Norma Silvana Lanciotti**

***La Grilla y el Parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936; de Adrián Gorelik, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.***

"...la certeza de que una cita literaria puede arrojar luz sobre los debates urbanísticos, y un plano, sobre los debates de la vanguardia literaria". Esta frase de Gorelik explica el fin de su libro: tratar de reconstruir la historia de la cultura urbana de la ciudad de Buenos Aires a través de las formas que imprime lo material y sin descuidar la sociedad y la política con sus distintos tiempos.

El análisis comienza en 1887, cuando el municipio de la Capital Federal amplía su territorio debido a la anexión de Belgrano y Flores, y se cierra en 1936 cuando toda la nueva extensión queda completamente urbanizada. En este recorte temporal el autor tratará de constatar la emergencia y frustración de un espacio público metropolitano.

En el enlace de lo material con lo cultural cobran valor la grilla y el parque, a partir de éstos cimentará interpretaciones y análisis sobre el espacio público a lo largo de todo el período. Las miradas hacia estos objetos se realizan desde distintos lugares, como objetos de intervención urbanística, como materializaciones del estado y la sociedad, como espacios de sociabilidad popular o como simples depósitos.

Toda la obra debate con la tradicional historiografía de la ciudad. Siempre se ha creído que el avance de la ciudad fue causa de la unión entre modernización técnica y la voracidad del mercado inmobiliario junto a los capitales privados del transporte público, pasando por alto el accionar del estado. Su elección conceptual rompe con este paradigma mostrando que tanto la grilla como el parque fueron el inicio de una serie de acciones públicas que pretendían hacer más equitativo el crecimiento de la ciudad, muestra de esto es la creación

de un plano público en 1904 que extiende imaginariamente la cuadrícula a todo el territorio de la futura ciudad. En todo su análisis el autor no se privará de realizar comparaciones con diversos tipos de ciudades, tanto para entender el accionar del estado, como para posibilitar al lector una mejor ubicación del objeto de estudio.

La voluntad pública se ubica en un ciclo político que Gorelik conceptualiza como reformista, llegando a su opuesto, en los años treinta y con la gestión de Mariano De Vedia y Mitre, a la modernización sin reforma. Al énfasis reformista lo condensa en las dos figuras centrales, el parque y la cuadrícula, mostrando cómo en el imaginario oficial el parque ha sido un instrumento de reforma con múltiples significaciones a lo largo del período.

El texto se entrelaza en tres partes, precedida de una introducción, donde explicita las hipótesis del trabajo y demarca los conceptos que irá desarrollando a lo largo de toda su tarea. Como la obra trata de explicar la conformación física de la ciudad, desde el inicio, nos introduce en los orígenes de problemas que aún hoy se encuentran presentes en la ciudad como la desigualdad entre el sur y el norte de la capital.

En la primera parte, dividida en tres capítulos, contrapone dos modelos de ciudad. El de Sarmiento con su ambición de crear una ciudad nueva que tendría como centro a Palermo; en este punto, el autor no descuida la tensión ideológica que queda establecida con el pasado rosista y que convierte al parque en el encargado de culturizar a la naturaleza. El otro modelo es el de la boulevardización de Torcuato de Alvear, con la apertura de la Avenida de Mayo, que pone énfasis en la ciudad tradicional delineando su centro. Al plan de Alvear lo inserta en una serie de reformas, donde ubica el modelo de Haussmann, pero pone como antecedente al período rivadaviano, con la formación de un cuerpo técnico público autónomo. Este grupo será definido como reformismo técnico, desprendimiento del reformismo conservador, encargado de elaborar el plano de 1904 que universaliza la grilla como resultado de la expansión, intentando lograr una homogeneización urbana, cultural y social. Esta será la primera mutación del reformismo, pero no la única ya que Gorelik en los cincuenta años de su estudio seguirá los cambios que se producen en él. Mostrará también los cambios de sentido que se producen en torno al parque, como a finales del siglo, donde se deja de lado su contenido tradicional de lo bello para formar parte del concepto de civilización. Este paso está emblemático en el "Palermo de los pobres", el Parque de los Patricios, creado en otro lugar simbólico del rosismo como fue el matadero.

En el nuevo espacio público a escala monumental que se crea en el centro tradicional de la ciudad, la Plaza de Mayo, se libran batallas por la conservación del pasado, lo que le permite describir cómo Alvear construye un lugar en la memoria del incipiente estado-nación, sin relegar el progreso que lleva consigo la inmigración y la futura metropolización.

A la interpretación de esta primera parte la simplifica en el análisis de la obra de J. M. Blanes: "Un episodio de fiebre amarilla en Buenos Aires", mostrando cómo actuaba y qué podía dar el reformismo de este período, ubicando al parque dentro de su aparato, junto con instituciones como la escuela pública.

La segunda parte, "Omisiones", gira en torno a la problemática del centenario, un período de cambios, de búsqueda de identidad, la ciudad tradicional desconoce la emergencia de un nuevo fenómeno que se siente en sus límites y que la irá transformando: el suburbio. Estos dos sectores son analizados por separado mostrando los cambios en su materialidad y su cultura. La atención pública se desvía en las cuestiones de ornato y reforma del espacio público tradicional para la celebración, formando una ciudad burguesa volcada hacia el norte, compartiendo el centro con su rival, el sur obrero. Esta disputa simbólica por

los espacios de la ciudad, lleva al autor a buscar la respuesta del reformismo técnico a este problema, que para la fecha se impregna de valores nacionales transformándolo en el nacionalismo municipal. Los viajeros extranjeros venidos para la celebración le permiten a Gorelik dar claridad a lo que la elite no podía ver: la conversión del vecindario en barrio. Considera a esta nueva forma un artefacto cultural, donde el parque juega un papel central, provocando la formación del barrio en torno a él, e integrándolo a instituciones que forjarán su identidad y que desean cualificarlo. Delinea el ambiente cultural no sólo clarificando sus orígenes y sus metas, sino su permanencia y repercusiones en las décadas siguientes.

Dentro de la tercera parte, la política y las representaciones literarias aparecen con más fuerza, poniendo toda su atención en el barrio. Gorelik demuestra que no fueron sólo ellas sino también la gestión urbana, la prensa, el tango, la vanguardia martinfierrista, el grupo de Boedo los que convergen y publicitan con sus representaciones a este nuevo espacio público a escala local que se había formado. El barrio, pone en cuestión al centro tradicional, se opone a la modernización que le dio origen y se lanza a la búsqueda de la dimensión metropolitana. Con la inclusión en el análisis del Proyecto Orgánico de 1925 demuestra hasta qué punto el barrio afectó al centro tradicional e integra los debates entre los que buscan una "refundación simbólica" del centro y los que intentan democratizar la ciudad redefiniendo la dimensión metropolitana. En el final, evidencia el cierre del ciclo reformista, que interrumpe la expansión metropolitana llevada adelante por la unión de la grilla con el parque, la modernización de los años treinta protagonizada por De Vedia nos muestra los cambios que se produjeron en la política, la sociedad y la cultura de ese período y cómo convergen en la ciudad. Esta marca su límite, adquiriendo una forma, rompe con la tensión reformista pudiendo satisfacer los deseos de modernización del centro tradicional y de los barrios. Esta es la operación que claramente Gorelik analiza en la actuación de De Vedia, mostrando, desde lo político, la relación que se establece entre el socialismo reformista, las sociedades de fomento y el gobierno de la ciudad; y desde la cultura, interpretando cómo la vanguardia concilia la ciudad con su pasado, en el aniversario de su fundación.

El texto se encuentra entramado con imágenes, planos, citas literarias y notas al pie de página, dando una mayor claridad al proceso, brindando documentos que en muchos casos han sido poco estudiados, y abriendo para el lector una cantera de nuevas preguntas sobre la consolidación urbana de la ciudad de Buenos Aires.

Es importante informar que esta obra es el producto de la tesis doctoral del autor que ha sido revisada para esta edición. Sus ideas principales fueron discutidas en distintos congresos y seminarios, artículos y ponencias desde finales de los años ochenta, pero es en este texto donde adquieren un valor considerable gracias a cómo Gorelik las engarza en las distintas etapas del proceso en análisis. En la lograda articulación entre política, cultura y materialidad el texto construye las preguntas más insinuantes sobre las ciudades en que vivimos y las tramas de la cultura urbana en la Argentina.

**Pablo Montini**